

Descolonizar desde Roma

FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR *

DESDE hace casi dos decenios se viene realizando entre los historiadores españoles un notable esfuerzo por desmitificar y limpiar de propaganda ingenua y barata la historia recibida del período anterior. Esta nueva historiografía atiende no sólo a poner al día procedimientos y metodologías sino también a revisar la monolítica y parcial relación consagrada como oficial durante los años de nacionalismo franquista. En este plano se inscribe con derecho propio la labor de toda una generación de profesores e investigadores especialistas en historia de América, a quien debemos una ingente aportación clarificadora sobre el período colonizador. Los nombres de todos ellos componen la nómina de nuestro mejor americanismo y son la más consolidada esperanza de entendimiento de aquel continente.

Grandes dosis de objetividad y realismo han situado el papel «humano» de la conquista en términos más naturales y apropiados. Se ha desbrozado la historia, reconociendo luces y sombras o depurando responsabilidades y abominaciones etnocéntricas. Se ha rastreado el móvil de la codicia y separado la labor evangelizadora en grupos fanáticos o piadosos, según los casos, sin perder de vista el trasfondo material de la actuación de muchos conquistadores. Se ha matizado la realidad de un racismo amortiguado por el colchón del mestizaje y con afán bienintencionado y honesto se ha tratado de adjudicar a Dios lo que es de Dios y al César lo que le toca. En resumen, se ha asumido la carga histórica proporcional que nos corresponde en paridad con otros pueblos (Francia, Inglaterra, Portugal...) y en casos con mayor vergüenza propia, respecto al «atropello» de nuestros antepasados. A este respecto pueden leerse los «cuentos de hadas» de los colonizadores ingleses y su cortesía metropolitana con su despiadado «fair play» en las tierras de su imperio, incluida la joya de la Corona, la vapuleada India.

Es evidente que había que hacer un esfuerzo en este aspecto y que se ha hecho. Es también lógico que se siga insistiendo en esta vía crítica y racional, después de las primeras piedras renovadoras. Y si es posible, o las autoridades no lo impiden, bajo el aliento de una próxima celebración en igualdad y solidaridad con los actuales pueblos iberoamericanos. Los escritores e historiadores están preparados para ello, los proyectos de investigación dispuestos y la señal de salida dada. Sería una lástima perder tanta oportunidad.

Mientras esto sucedía en una España que lleva un largo período curándose de humildades y marginaciones internacionales, un do-

* Bilbao, 1943. Catedrático de Historia Contemporánea y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Deusto.

cumento vaticano, no papal, «contra el racismo» acaba de atribuirle el dudoso privilegio y la injusta autoría de haber puesto en marcha nada menos que la historia del racismo moderno. El último vagido de la comisión «Justicia y Paz», presidida por el cardenal francés Etchegaray y teniendo como segundo al obispo chileno Jorge Mejía, denuncia la conducta racista de los colonos, soldados y comerciantes españoles durante los siglos XV y XVI, en los mismos términos en que forma parte de los tópicos culturales franceses de rabiosa actualidad. Bien es cierto que no falta el reconocimiento al esfuerzo de Las Casas, Vitoria o Suárez, pero éste no pasa de los datos más superficiales y asombra por su elemental manualidad e inconsistencia. Tanto es así que no parece aventurado afirmar que los documentalistas vaticanos no han leído a ninguno de los tres y que se han limitado a recoger los rancios e interesados panegíricos tributados al muy poco obispo de Chapas (dos meses de residencia en siete años de episcopado). Y sólo un ignorante de la historia del pensamiento puede sentar a la misma mesa al contradictorio Las Casas y a los dos grandes filósofos españoles citados.

Pero resulta más obvio que una cuasi historia universal del racismo, como parece pretender el sintético documento, está lejos de las posibilidades de esta comisión. Aunque no debería estarlo tanto poner al día los conocimientos documentales o bibliográficos de sus ilustrísimas responsables y no limitarse a traducir la voz correspondiente de la Enciclopedia francesa Universalis, bien sea con sus actualizaciones cincuentonas.

Dado el conocimiento bíblico que debemos reconocer de salida al purpurado Etchegaray y comisionados podían haber echado mano del Éxodo y de su narración del genocidio hebreo por obra de los egipcios para encontrar precedentes veterotestamentarios en la historia del racismo que desean condenar. Todo menos ejemplarizar el racismo universal con la colonización y cristianización de Iberoamérica. Si algunos métodos de «cristianar» le parecen ahora a la Iglesia demasiado contundentes puede empezar a entonar el meaculpa en espera de la llegada del 92. Pero resulta que ahora se ha hecho «indigenista» y ha perdido la memoria de su síndrome colonizador.

Llegados a este punto y probada la incapacidad de los ingenieros vaticanos para la reflexión histórica, hubiera sido bueno renunciar a esta desmesurada ambición y dedicarse a dar testimonio claro y cristiano de algunos racismos más contemporáneos que en el texto aparecen más matizados, cuando no encubiertos con sospechoso tono de complicidad. ¡Lástima de lanzada en moro muerto cuando hay tantos demonios vivos y coleando que alancear! Tampoco hubiera sido malo denunciarse a sí mismo y aprovechar el filón archivístico propio para bosquejar una saludable autocrítica sobre la actitud y actuación de la Iglesia en la realidad histórica del racismo. Pero parece que la paja en el ojo ajeno sigue siendo piedra de escándalo ante vergüenzas ajenas y paradigma de autocom-placencia de las propias miserias.

Cuando la escritora americana Harriet Elizabet Beecher Stowe

**UNA HISTORIA
DE ESPAÑA,
DEMASIADO
INSÓLITA**

**DENUNCIA,
QUE ALGO
QUEDA**

**LA CABANA
DEL TÍO TOM**

se propuso denunciar y combatir la esclavitud negra hilvanó una historia verosímil y la escribió en forma de novela. Abraham Lincoln saludaría a la escritora como la mujer que ganó la guerra. Desde entonces, millones de lectores nos hemos dejado arrastrar por un profundo sentimiento de indignación moral ante el horror de la cruel dominación del hombre por el hombre. Parece claro que el documento de «Justicia y Paz» no va a gozar ni de tantos hojeadores ni de tan grande sacudida de las conciencias. Tal vez sólo en España, donde una vez más le crecen los enanos, la manipulada historia del racismo va a causar algún disgusto. La llaga por donde se desangra hoy el mundo poco tiene que ver con los conquistadores y misioneros españoles ni con la locura nazi. El valor recurrente de la historia enseguida encuentra su límite y nada mejor que posar la mirada sobre la crónica más actual para condenar los dislates de nuestro mundo.

LOS SILENCIOS VATICANOS

Metidos en la harina del colonialismo francés y del pastel del 92 no sé si hasta podríamos comprender la abusiva utilización del tópico y del «leyendismo» antiespañol, del que como decimos la historiografía propia ha puesto los primeros y mejores peldaños. En todo caso nadie es hijo sino de sus propias obras. Pero lo que sí parece abultada es la resuelta exculpación de algunos pontífices, como es el caso de Pío XII y su lacerante mutismo durante la segunda guerra mundial. El oportunismo encuentra alivio en esta ocasión con vagas o ambivalentes referencias del Papa más «callado» de la historia de la Iglesia, en uno de sus momentos históricos por excelencia, cuando media Europa y muchos católicos con ella se enfrentaban con riesgo cierto a Adolfo Hitler y su repugnante actitud.

LOS NUEVOS RACISMOS

No menos grave resulta la fría caracterización que se hace del «apartheid», del que debíamos esperar una condena mucho más comprometida o al menos con la misma carga escatológica que llevan admoniciones vaticanas modernas. No obstante, donde el matiz se convierte en desvergüenza es en el señalamiento que del racismo social contemporáneo hace el documento. Porque, Sud-áfrica al margen, este racismo de las clases, de las oportunidades o del reparto desigual de la riqueza no está erradicado, ni mucho menos, de nuestro confortable Primer Mundo. Hasta que los de «Justicia y Paz» se encontraron con El Dorado de Iberoamérica, sus abominaciones iban más por esa línea. Paradójicamente, los cardenales, obispos y seglares de dicha comisión, que parecen desconocerlo todo sobre los negros y chicanos en USA, los norteafricanos franceses o los turcos, yugoslavos y otros parientes pobres del Mediterráneo, incluidos los emigrantes españoles, arremeten contra los terratenientes tercermundistas. Mientras tanto la pobreza de «color» americana suma ya treinta millones de no-blancos, los afro-europeos soportan los trabajos más deleznable y peligrosos de la próspera Europa, el servicio doméstico o la prostitución viene del Sur y los turcos, yugoslavos y otros «coloreados» arriesgan la vida o la expulsión en situaciones laborales y administrativas de increíble racismo.

El sociorracismo constituye el vicio más inconfesable y menos reconocido de prosperidades históricas como la británica, la suiza, la francesa, la holandesa o la belga... y es sin duda la mayor tragedia interna del oro falso del esplendor americano. Podemos encontrarlo en cualquier esquina de la plateada Europa, vendiendo cachivaches o mendigando una moneda, recogiendo excrementos o limpiando calles y hospitales. Durmiendo en las escaleras de los metros neoyorquinos y en los parques de Washington. Rebosando las comisariías-cárceles del mundo blanco, aguardando en todas las colas de desempleo occidentales o arrastrándose por kafkianas salas de espera segregadas. Soportando la sordidez de los bidonvilles franceses, de las chabolas españolas, en los barracones laborales alemanes o en la degradada periferia londinense.

Cuando las recesiones periódicas asoman, las gentes «inferiores», los del aluvión, pierden los primeros sus empleos, carecen de subsidios y son constantemente amenazados con la deportación. Cualquier identificación del racismo en nuestro plácido y exclusivo «Western club» con la pobreza y la precaridad, no es ninguna malafortunada coincidencia sino una dramática e inexorable correspondencia histórica. La sociedad desarrollista, que tan orgullo-sa y segura de sí misma cobija multinacionales, proyectos humanitarios y comisiones, macroeconomías, obispos y cardenales tienen que saber cómo es el nuevo racismo de lo social. Una auténtica pena que a los «documentalistas» pontificios se les haya ocultado tamaño filón, aunque ciertamente para muchos no hubiera sido ningún descubrimiento. Pero puestas así las cosas, sería bueno recordar que siempre es más rentable escribir la historia que perder el tiempo haciéndola.

En fin —sin maliciarnos demasiado— ocurre pensar que tal vez sea ése el propósito de los comisionados vaticanos, aguando la fiesta a España, cercano el horizonte del V Centenario del encuentro con América.

**EL ESTIGMA
DE LA
POBREZA**